

jedias que se han representado en Francia desde que él recuerda, apenas habrá diez ó doce que no estén fundadas en una intriga amorosa. Casi siempre es la misma cosa, el mismo argumento comenzando por una envidia ó ruptura y terminando por un casamiento..... Es una perpétua coquetaría. Las mujeres que asisten á nuestros espectáculos solo quieren oír hablar de amor."

Tan cierto así es, que no hay autor dramático que mande al espectador, sino que el espectador es quien da la ley al autor dramático; otra prueba de que el teatro nacido del paganismo que era el reinado de la carne, ha sido fiel al espíritu de su origen. Conocida es la respuesta de Racine á Arnaud que le reprochaba haber hecho el papel del amoroso Hipólito: "y bien señor, sin esto ¿qué hubieran dicho de mí mis maestros?"

CAPITULO XXII

CARTA DE ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

Lo que los maestros del tiempo de Racine pedían del teatro, los de hoy continúan exigiéndolo. El autor dramático bajo pena de ser silvado, está obligado á poner en escena la mas peligrosas de las pasiones. Como prueba de ello ved la siguiente carta escrita hace algunos meses por Alejandro Dumas, hijo, á Mr. Cuvillier Fleury miembro de la Academia francesa, ha sido publicada en los periódicos. Por razon de su origen y de su actualidad, se nos permitirá extractar algunos pasages.

"El teatro está justa y exclusivamente consagrado á la representacion y á la glorificacion del amor. Los hombres y las mujeres no se reunen en él, sino para oír hablar de amor y para tomar par-

te en sus dolores y alegrías. Los demas intereses de la humanidad, se quedan en la puerta. Allí nada está sobre el amor, nada es igual; reina en jefe, es el dios de ese templo, cuya gran sacerdotiza es la mujer y en donde el hombre no es mas que la víctima ó el electo.

“Allí es por tradicion desde los tiempos mas remotos donde la mujer reina, oficia y finalmente triunfa; allí es donde ella se burla y se venga del sexo fuerte que le es tan injusto, tan opresor, tan cruel, tan bárbaro en la vida real, solo allí ella siempre tiene razon, sus encantos tienen allí irresistible poder; sus faltas, excusas renacientes; allí es donde nosotros los hombres confesamos nuestra debilidad; reconocemos, proclamamos y sufrimos este poder. Cuanto bien hacemos en este terreno, es porque ella nos lo hace hacer, cuanto mal hace ella es por culpa nuestra. Justo es que suframos y desde el momento que ella lllore, debemos ser desarmados.

“Si la pieza representada es una comedia, el ideal del héroe y su recompensa es poseer á la heroína. Si la obra es drama ó tragedia el héroe debe morir; para ella, si la ha poseído; por ella, si la

ha abandonado y con ella si no hay otro remedio. Ella, siempre ella. En el teatro los maridos son tiranos, los padres son verdugos ó necios. Hace tres mil años no ha habido un solo autor dramático que haya tenido la audacia de escribir una obra aunque sea en un acto, en que un padre y una madre que se hayan opuesto al casamiento de su hija con el hombre que ama, que tengan razon y que la jóven les esté reconocida y se los agradezca. En el teatro las jóvenes no se engañan jamas. El hombre que ellas aman siempre deben amar y papá y mamá deben doblegarse ante el capricho del amor. Seamos breves: en el teatro, todo es para el amor y todo por el amor.”

En seguida señala el autor el desorden desgraciadamente tan comun á donde arrastran las representaciones teatrales. Aunque algo fantástico el retrato, no por eso deja de ser muy exacto. “Vi una bestia colosal que tenia siete cabezas y diez cuernos y sobre estos cuernos diez diademas y en sus cabezas cabellos rojos y ardientes. Esta bestia, semejante á un leopardo, sus piés eran como piés de oso, su boca como la boca del león y tenia

la fuerza del dragon, y esta bestia estaba vestida de púrpura y de escarlata, estaba adornada de oro-piedras preciosas, perlas y tenia en sus manos blancas como la leche un vaso lleno de las abominaciones y de las impurezas de Babilonia, de Sodomia y de Lesbos.

“Por momentos esta bestia, en que creia reconocer la que san Juan habia visto, arrojaba de todo su cuerpo un vapor embriagante, á traves del cual parecia y radiaba como el mas bello de los ángeles de Dios y en la cual venian por millares de animalculos antropomorfos cuyo nacimiento habia precedido al suyo.

“¡Esta formidable bestia no decia una palabra ni arrojaba un solo grito! Unicamente se oia el choque de sus mandíbulas y en sus entrañas el ruido ronco y continuo de los molinos que pulverizan los mas duros metales. “Y las siete cabezas de la bestia eran mas altas que las mas altas montañas; y formaban los horizontes su corona. Sus siete bocas, siempre entreabiertas y sonrientes eran rojas como carbones encendidos; sus catorce ojos, siempre fijos, eran verdes como las

aguas del Oceano. Sombrías nubes pasaban sobre ella y no podia el sol hacer brillar sino su superficie, sin iluminar las profundidades; y sobre cada una de las siete diademas, en medio de palabras blasfemas, ardia esta palabra mas grande que todas las demas: *Prostitucion*.

“Así es, que esta bestia no era sino la encarnacion nueva de la mujer, decidida á hacer la revolucion á su vez.”

Despues de millares de años y esclavitud y de impotencia á pesar de las leyendas del teatro esta víctima del hombre habia querido tener razon de sí y creyendo romper las ligaduras de la esclavitud, rompiendo las del pudor, se habia adornado de repente, armada de todas sus bellezas, de todas sus astucias, de todas sus aparentes debilidades.

Risueña y rugiente á la vez sedecia á sí misma:

“¡Ah tengo necesidad de tí, hombre falso, y de mí solo quieres tú el placer! ¡Ah, mis ternuras, mi des-interes, mis aspiraciones, mis lágrimas, mi confianza, mis sacrificios, todo esto nada vale para tí! Me pides cien escudos para ser mi esposo y me ofreces cien sueldos para ser mi amante. ¡Y á esto llamas amor!

“Después de esto, para mí, la boardilla, el trabajo miserablemente pagado, el hijo que abandonas, la miseria, el hospital y el anfiteatro. Espera un poco, vas á ver lo que te pasa. Ya no tendrás madre, no tendrás esposa, no tendrás hija, ni aun siquiera tendrás meretriz; solo tendrás la incesante é implacable sensualidad que relajará tus músculos, descompondrá tu sangre, envenenará tus huesos, oscurecerá tu razón, aniquilará tu voluntad, apagará tu alma: porque no te resistiré mas, ¡esta será mi venganza!

“De mí no poseerás mas que mis afeites, mi colorete, mi blanco, mi negro, mis falsos cabellos, mi polvo de arroz y mis perfumes de tocador, mi superficie, en fin, que te haré yo adorar; la que mostrará en público y de que en alta voz te enorgullecerás. Mi sér íntimo siempre te será oscuro y cerrado; no penetrarás jamás en él. Allí está el inagotable depósito de la razón que tengo para odiarte y los medios para vencerte. Mi corazón ya no será un templo, sino un sepulcro lleno de tus cenizas y de mi silencio. . . .”

Que se nos perdone haber citado el extracto de

esta carta; no la hemos escrito sino con la vergüenza en la frente; pero, puesto que se obstinan en abrir, por medio de los colegios el camino de los teatros, nos ha parecido necesario demostrar el abismo donde á menudo se llega.

Al extrago moral, añade el teatro el extrago financiero en que la ocasión se presenta para señalar la gravedad, puesto que hasta hoy ha pasado desapercibida. Queremos hablar de las sumas fabulosas, devoradas por el teatro. Jamás ha pesado impuesto mayor sobre los pueblos. Bismarck sacando cinco miriadas á la Francia que le ha hecho perder tantas almas en la guerra, no es sino una mosca en comparación de este vampiro que hace tres siglos |chupa la sangre de la Europa. Vamos á lo dicho: El conde de Maistre ha dicho que una época en que el histrion y el teatro están en boga es infaliblemente una época de decadencia. La siguiente estadística hará reflexionar sobre la profunda palabra del pensador cristiano.

El número de los teatros solamente en Europa es de 1518. El número de los artistas dramáticos, líricos, músicos, empleados, bailarines y bailari-

nas, que viven del teatro es de 2.157,800 mujeres y de 3.027,000 hombres; total, número redondo, *seis millones de histriones!* Un pueblo entero, mas numeroso aún que la Suiza.

Quien pudiera calcular, aun aproximativamente, lo que cuestan la construccion, la reconstruccion, la decoracion de los teatros desde el Renacimiento; lo que cada año cuesta su manutencion; las sumas que se gastan cada tarde ó noche de funcion; los emolumentos de las actrices, los regalos insensatos y mas que insensatos, bárbaros, pues que se hacen á algunas celebridades teatrales; quien llegue á hacer la cuenta se espantará al ver su enormidad.

Pero si es imposible calcular el pasado, conocemos el presente. Hé aquí lo que nos hace saber: Nos enseña que los gastos mensuales de solo los teatros de Paris ascienden durante los meses de invierno, de uno á dos millones.

Nos enseña que á pesar de sus escandalosos gastos estos teatros figuran cada año en el presupuesto con sumas considerables.

Nos enseña que Rachel durante su carrera tea-

tral, que por cierto no fué larga, recojió en dinero y objetos preciosos, cerca de doce millones.

Nos enseña que es necesario contar por centenares de miles de francos, los sueldos anuales de ciertos cantores y cantatrices franceses é italianos. Nos enseña que el alquiler de un palco cuesta por un abono, mil ochocientos francos.

Nos enseña que la ciudad de Paris cuyos mas bellos monumentos, quemados por la comuna están aún en ruinas, se apresuró á votar quinientos veinte mil francos, para reconstruir el teatro Lírico, los demas ya estaban reconstruidos.

Nos enseña que la sabia Asamblea de Versalles, despues de haber rehusado treinta mil francos para reparar las pobres iglesias maltratadas por la guerra, ha votado al siguiente dia quinientos mil francos para las bailarinas de la Opera.

Nos enseña, lo que es monstruoso, lo que cuesta á la Francia un solo teatro de Paris, el de la Gran Opera, ved aquí las cifras oficiales. En la sesion del 4 de Febrero de 1874, el diputado M. Caillaux, da lectura de su relacion sobre la nueva Opera y concluyó con una peticion de crédito de

3.500,000 francos insertos en el presupuesto de 1874.

Expone el estado de los gastos ya hechos, á saber: 1.º compra del terreno, 10.500,000 francos: 2.º gastos de construccion 33.500,000 francos: 3.º construccion de maquinaria 2.500,0000 francos. Total 46.000,000 de francos.

Los demas gastos han costado á la ciudad de Paris 11.500,000 francos.

Esto está tomado de la nota de M. Larabure. Hay que añadir dos millones para mueblaje, archivos, decoraciones, guardaropa, salon de fumar, refaccion, música, instrumentos, máquinas, etc., etc.

El teatro nuevo de la Opera, es tres veces mayor que el antiguo. Necesitará mayores gastos para calentarlo, iluminarlo, decorarlo y demas gastos que serán dobles que ántes. El patio contendrá 300 butacas mas, el aumento de las entradas será de tres mil francos por tarde. Ademas es preciso un crédito de sesenta mil francos para escombrar el lugar donde se quemó el antiguo teatro.

Hé aquí lo que cuesta á la Europa y en particular á la Francia *una sola idea pagana* y á que precio pagan su corrupcion. Ademas de la degradacion moral, el inmediato efecto de la manía del teatro, trae la disminucion de las limosnas. En vez de pasar lo supérfluo á los pobres, pasa á los comediantes. Disminuyendo las limosnas, provoca el teatro las murmuraciones de los pobres y el odio á los ricos.

Dispone su corazon á la revolucion y es una semilla de socialismo. Tal es el término á que vamos á parar y la Europa con nosotros.

CAPITULO XXIII

ACTORES Y ACTRICES.

Si son peligrosas por la lectura las piezas de teatro en que aparecen vivas todas las pasiones humanas, el amor, la ambicion, el odio, la venganza, mayormente lo son en la escena. Escuchemos á un hombre que sabia algo de eso. Aseguro, dice Riccoboni, que los sentimientos mas rectos cambian de naturaleza expresados por boca de los actores y se hacen criminales por las ideas corrompidas que engendran en el espíritu del espectador mas indiferente.

El poeta De La Motte confirmó ingeniosamente esta verdad de experiencia: "No nos proponemos, dice, esclarecer el espíritu sobre el vicio y la virtud, pintándolos con sus verdaderos colores.

Solo tratamos de conmover las pasiones con la mezcla del uno y de la otra; y los homenajes que algunas veces rendimos á la razon no destruyen el efecto de las pasiones que hemos adulado. Instruimos por el momento, despues de haber seducido por largo tiempo y por fuerte que sea la leccion de moral que pueda presentar la catástrofe con que termina la pieza, el remedio es muy débil y viene demasiado tarde.”

Demasiado tarde en en efecto ó quizá nunca. Jamas he comprendido, decia Jontenelle, la purgacion de las pasiones por medio de las mismas pasiones. Tenia razon. ¿No seria en el órden moral un fenómeno muy singular?

Al ménos quisiera que se me citara alguno que se hubiera convertido por ese camino, es decir, que el teatro lo hubiera hecho mejor. Jamas se habrá visto ni se verá.

La razon es que el amor profano es el fondo general de todas las piezas de teatro. Ademas, esta pasion, la mas peligrosa de todas, se hace mas seductora aun por el carácter de los que la interpretan. Quien dice comediante, actor y

actriz, no despierta en el alma una idea pura de virtud. De acuerdo están la historia del pasado y la del porvenir, para enseñarnos lo que es preciso pensar acerca de esta clase de personas.

La generalidad son hombres y mujeres jóvenes, obligados á verse á menudo para preparar sus papeles y esforzarse en cumplirlos bien: lo que quiere decir que, á fin de representarlos bien necesitan asimilarse con las pasiones que expresan y que deben pasar al alma de los espectadores. De aquí el cuidado de estudiar sus maneras, sus gestos y aun su voz; de reelevar sus gracias con los mas seductores adornos y posturas, en que la decencia está léjos de ser respetada. Así es como rodeados del atractivo de las pasiones, deben aparecer á los ojos de los espectadores, ávidos de goces y que á menudo no temen comprar á peso de oro los mas culpables favores.

Las mejores piezas, dice un autor (si es que hay algunas buenas), se enúentren como desnaturalizadas, cuando son representadas por actores y actrices esclavos de la voluptuosidad. Lo mas puro se corrompe al representarlo en el teatro y

se hace odioso, ridículo y desagradable. Hablando la condesa de Caylus de *Athalia*, decia: ¿Qué pensaria M. Racine, si viera su tragedia tan desfigurada como me ha parecido serlo, por una *Josabeth artificiosa*, por una *Athalia furiosa* y por un gran sacerdote tan poco digno de representar la majestad de un profeta divino? Semejantes sujetos, añadia Mad. de Lévigé, no son para tales actores. Se necesitan personas inocentes para cantar las desgracias de Sion y almas virtuosas para ver con fruto la representacion.

El peligro del teatro no viene solamente de parte de las piezas y de los actores, viene tambien de parte de los espectadores. "No son los sabios, dice un célebre autor español, los que forman la multitud que va al teatro; es todo lo mas vano, frívolo, ocioso y libre de ambos sexos que existe en las ciudades. ¿Es esto una asamblea donde se pueda asistir sin escrúpulo y sin peligro?"

Creer que todos los espectadores y *espectadoras* son llevados al teatro por el único objeto de la pieza, seria un gran error. "Cuantas gentes, dice Desprez de Boissy, que no frecuentan los espec-

táculos sino para gozar del golpe de vista que presentan las mujeres que van á él por lucir sus trajes, para murmurar despues sobre quien llevaba mas riqueza de joyas, quien estaba mejor peinada, quien tiene mas gracias postizas, ya que la naturaleza se las ha rehusado; y en fin, quien tiene mayor número de adoradores."

En el fondo del amor de los espectáculos, se oculta un atractivo de la concupiscencia, confesado por unos, disfrazado por otros; pero bastante peligroso para todos y á menudo mal combatido. A fin de no tomar sino un descanso honesto, en una escena en que se requiere tantos objetos capaces de hacer impresiones contrarias á la modestia cristiana, ¿qué violencia no es preciso hacer á sus sentidos y á su imaginacion? Si se tuviera cuidado en hacerse esta violencia necesaria, no se iria al espectáculo, porque ningun placer se encuentra en contrariarse fuertemente.

Cuando al principio del siglo XVII, fué preciso detenerse ante el espíritu pagano que invadia la Europa y autorizar en los barrios de Paris el establecimiento de algunas salas de espectáculo, fue-

ron prohibidas no obstante las representaciones nocturnas. La ordenanza real de 1609 dice: "Los comediantes abrirán sus puertas á la una de la tarde y comenzarán la representacion con las personas que hubiere presentes á las dos de la tarde en punto, para terminar sin excusa ántes de las cuatro y media. Pronto fué, sin embargo, violada la ordenanza. Los teatros no se abren sino durante la noche para que sea verdaderamente y de todas maneras una obra de las tinieblas. Esto es tan cierto que si se representara en pleno dia perderia el teatro la mitad de su prestigio, en consecuencia, la mitad del placer que en él se busca y de los peligros que allí se corren.

Añádase para completar los medios de seducción, la música y el baile. La música es una lengua y una lengua poderosa. Hay dos especies de música; la música que eleva el alma y espiritualiza sus afecciones; y la música que relaja y corrompe. ¿Cuál de estas reina en el teatro? Fácil es averiguarlo.

La música de teatro solo puede traducir palabras de teatro, las palabras de teatro no expresan mas que sentimientos de amor profano.

"Se sabe, dice Nadal en su prefacio de la tragedia, de *Mariana* que solo tiene éxito una pieza dramática adulando las pasiones. Quizá buscando en el mecanismo de aquellas de nuestras piezas que han llamado mas la atención, se verá que en ellas hay un fondo de este mismo libertinaje que produce en las representaciones no sé que especie de ilusión y sortilejo." La música de teatro es, pues, necesariamente sensualista y tanto mas peligrosa cuanto que rompe todas las fibras corrompidas de la naturaleza humana.

A juicio de Cornelio Agripa, "la música de teatro es de las mas propias y queridas. . . . del teatro. Con la voz dulce y el veneno endulzado de los cantos, sonidos y acordes voluptuosos de los instrumentos, inflama los deseos desordenados y quita toda fuerza y virtud al espíritu, corrompe todo en lascivia y deleites, pervierte las buenas costumbres, excita impetuosamente la lujuria y afecciones deshonestas."

En cuanto al baile, es el digno compañero de la música teatral. Ejecutado en el foro ó palco escénico por jóvenes actrices cuyo vestido tan li-

jero que no nos atrevemos á explicar, es el peor escollo á la inocencia.

Digamos solamente, que debe excitar en toda alma, por poco cristiana que sea, hácia esas desgraciadas criaturas, los dolorosos sentimientos que sentia á la vista de los actores ordinarios la virtuosa Enriqueta de Francia. Obligada por su posicion á presentarse algunas veces á los espectáculos de la córte, esta excelente princesa decia un dia á una persona á quien honraba con su confianza:

“No concibo como pueda encontrarse placer en las representaciones del teatro; para mí es un verdadero suplicio. Os lo confieso, tan pronto como veo aparecer los primeros actores en la escena, caigo en la mas profunda tristeza: *¡Hé aquí, me digo á mí misma, hombres que á propósito se condenan por divertirme!* Esta reflexion me ocupa y me absorbe enteramente durante el espectáculo. ¿Qué placer podré encontrar en él?”

¿Qué debemos concluir de los ejemplos, de las autoridades y de todas las razones alegadas hasta aquí?

1º—Que el amor á los espectáculos está en razon inversa del sentido cristiano.

2º—Que los sofismas, que los nombres mas ó ménos imponentes, de que se abusa para justificar los teatros, absolver la composicion de las obras dramáticas y negar el peligro de los espectáculos, los textos mas ó ménos favorables, las anécdotas fabricadas; todo esto no es mas que ruido y ruido demasiado débil para aquellos que no rehusan escuchar las reclamaciones de la religion y que reconocen que, cuando está uno obligado á disputar con la conciencia, siempre está uno errado. Todos los sufragios de la opinion, dice Gresset, de la costumbre, del bienestar, de la virtud puramente humana se reunieran en favor de los teatros, habrá siempre que oponerles, la voz de la Iglesia, la de la experiencia y las promesas del bautismo. Si las pompas del demonio, á las que hemos renunciado no están en los teatos; ¿á dónde las encontraremos?

En el siguiente capítulo examinaremos los pretextos que se tienen para justificar la frecuencia de los espectáculos.